

## Poeta en el montículo

Jorge F. Hernández

Nunca he leído un libro de poesía de cabo a rabo. Los leo a cuentagotas, en dosis que dependen de cada madrugada y según el estado de mi ánimo. Leo poesía al azar, al abrir, al vuelo. Por eso los poemas se me quedan congelados en la memoria o se van bogando al mar de la amnesia efímera, hasta que el insomnio de otra madrugada les brinde otra oportunidad para volverse eternos. Quizá por eso envidio a los poetas; sana envidia de la buena que es, en realidad, la forma más enigmática del afecto.

Los poetas que me son entrañables son voces que se me metieron por los ojos y silencios que se me volvieron palabras de un paisaje íntimo e interminable. Fernando Pessoa decía que *la literatura existe porque la realidad no basta* y por eso los poetas entrañables me han ayudado a configurar una realidad mágica que se sobrepone al mundo normal y conocido, un mundo raro que multiplica las sílabas y los significados, y que justifica todos los ruidos de la noche.

Francisco Hernández es un poeta entrañable. Más allá de que gozo con el privilegio de su amistad, ni él mismo sabe de la cantidad de madrugadas en que me he sosegado con sus versos, como si fueran una callada sinfonía o la enésima de las *Variaciones Goldberg* que imagina Juan Sebastián Bach como remedio infalible para la migraña.

Me gusta pensar que Francisco Hernández es un torero del arte, de los que una sola línea dibuja un recorte inolvidable y, al mismo tiempo, fugaz. Es un torero de las palabras que sobre la misteriosa geometría de los versos trazan instantes de plasticidad policromados, travesuras de la rima, birlibirloque de rimas y el saber andarle a las palabras.

Me gusta pensar que Francisco Hernández es un geógrafo alquimista que en el enrevesado laboratorio de su poesía una la languidez de un fado en Lisboa con los lamentos de un son cubano, ata los soleares de Andalucía con la melancolía festiva de una jarana veracruzana y conecta a todo el Caribe, desde el ballenato de Cartagena y el merengue dominicano, con todas las costas del Mediterráneo. Pero su cartografía también cuadrícula los solitarios vuelos de un saxofón en Central Park y las empolvadas teclas de un piano en Austria. Poeta de periplos, escritor en aerostato, Francisco Hernández se eleva con las palabras, con cada una de las palabras que acaricia, exprime, voltea, moldea y acomoda convirtiéndolas en imágenes. Con sólo decir—escribir *mariposa*, esas ocho letras se elevan en vuelo; con sólo escribir—decir *saudade*, adquirimos —sin diccionario— todo el peso de la melancolía que creíamos ajena.

Me gusta pensar que Francisco Hernández tiene una memoria en verso y que su tertulia reúne sobremesas donde se juntan las coplas de Mardonio Sinta con las travesuras barrocas de Francisco de

Quevedo. Una memoria de versos que se vuelven la callada polifonía que se escucha cada vez que deletreamos un poema de Octavio Paz y cada vez que reaparece en el mundo alguno de los muchos espectros de Fernando Pessoa. Por eso, también me gusta pensar que toda la obra de Francisco Hernández construye un diccionario de paisajes: las palabras vueltas imágenes son entonces lugares que se vuelven coplas que son personas y, mejor aún, sentimientos.

Pochitoco, guaya, chánchamo, mamey, guanábana, picho–zanate, mojarra, topotes, mirto o zapote no son entonces meras celebraciones de las sílabas, sino sabores que se impregnan en las páginas y Mocambo, Huelva, Yanga o Camagüey no son sólo ritmos de un canto sensual, sino lugares de los territorios del alma. Schumann y Mardonio, Scardanelli y *Kid Mochonga*, George Trakl y Joe Dimaggio, Ezra Pound y Yogi Berra no solamente los nombres que sobresalen en la interminable lista de asistencia de la humanidad, sino personajes de párrafos que inundan la imaginación de un poeta entrañable. . . es decir, Francisco Hernández es un escritor que escribe líneas que se vuelven nuestras a través de los nombres de una compartida fantasía.

La lírica que compartimos con Hernández es una magia vocálica donde Primitivo Baltazar Mundo no es un personaje que se le escapó a la imaginación a Gabriel García Márquez, sino una persona de carne y hueso que —junto con el Piernaépollo, Patacatre, Pelloépató, Manoéjaiba y demás apodos que pueblan San Andrés Tuxtla—, gozan de nombres inverosímiles y, a la vez, verídicos. Porque así es esto, y así es la poesía. . . apenas hoy por la tarde contemplé atónito el paso de dos dromedarios y un bisonte que pasaban frente al Hotel del Parque, caminando en sentido contrario a un entierro. . . ¿Qué diría Mardonio? Quizá que la realidad no basta y que todo lo inimaginable se vuelve real. . . como también lo comprobé hoy mismo y con mis propios ojos al conocer el patio florido que resguarda la infancia de Francisco Hernández. Un pequeño paraíso que no sólo es custodiado por una santa doña Raquel, sino que además, por obra de algún raro sortilegio, tiene las exactas mismas dimensiones que el Yankee Stadium de Nueva York.

Así como Cristóbal Colón murió sin saber que lo que realmente descubrió fue el Continente de las Utopías que ahora conocemos como América, Miguel de Cervantes Saavedra murió sin realmente ponderar la infinita gloria de Alonso Quijano, el Bueno, conocido como Don Quijote de la Mancha. Cervantes creyó que lo mejor que había escrito eran las páginas de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, y que lo máximo a lo que podía aspirar como escritor se cifraba en la difícil cuadratura de la poesía. Así como Octavio Paz insistió en que deseaba ser recordado siempre como poeta, Cervantes le tenía respeto infinito a la poesía y dedicó no pocos esfuerzos para que su mayor obra poética fuera digna del título *Viaje al Parnaso*, evocación del mítico monte.

La poesía de Francisco Hernández es una confirmación de que los sueños que parecen inalcanzables son palpables y de que la infinita elevación del Parnaso cabe en la estatura de un montículo... ¡y eso es grandeza! Lo que más me gusta pensar es que Francisco Hernández es un poeta montado sobre el mítico montículo que se encuentra en medio del diamante de nuestra lengua castellana. Allí, donde el jardín de los senderos de *right field*, *left field* y *center field* se bifurcan, se alza el pabellón de la límpida soledad desde donde el poeta lanza sus versos, envuelto en la trigonometría de las tres bases que forman el triángulo del misterio: en primera, la memoria; en segunda, danza la imaginación con un palmo que amenaza y justifica la existencia del *shortstop* (o *chorestó*, como dicen por estos rumbos); y en tercera, con la mirada puesta en *home*, la palabra que es todas las palabras, una y muchas, única y todas.

Desde el montículo, Francisco Hernández lanza curvas que son coplas en jaranas anónimas, *fast balls* que son relámpagos en verso, directos al corazón del plato y *screwballs* que destornillan el intelecto de cualquier lector al *bat*. Como lo supo hacer Sandy Koufax, Francisco Hernández es dueño de la palabra *slider*, esas sílabas que se deslizan sobre las páginas y se nos meten a la saliva y en los sueños exigiendo que las bateemos más allá de la barda que limita a nuestra razón o que aceptemos el *strike* incontestable y contundente de nuestra ignorancia.

En un hermoso poema de Jomí García Ascot —que evoco aquí por muchas razones que Francisco Hernández entiende y siente bien—, se reproduce la instantánea eternidad que se establece cada vez que un *pitcher* enfrenta a un bateador. Son *Los duelistas* que, en silencio como en la lectura, y ante la ruidosa mirada del mundo, redefinen momentáneamente el orden del Universo. Lo sabe el *pitcher* desde el Parnaso de su montículo y lo sabe también el centro delantero del Real Madrid que, desde el manchón de las penas, se enfrenta a la definición del Mundo. Lo supo Manolete ante un Miura en Linares y Jorge Luis Borges durante la larga noche de sus sombras. Lo sabe el compositor ante la vastedad del pentagrama y el pintor ante el infinito espacio que se abren sus lienzos. Lo señaló *Babe Ruth*, el jonronero apuntando hacia el horizonte lejano de las gradas y lo definió Octavio Paz bajo el domo impalpable de las estrellas. Enrique Ponce lo recrea en cada muletazo mágico de sus faenas perfectas y lo supo también un niño ante el disparo de una cámara en blanco y negro, porque lo sabe Francisco Hernández en su personal tipografía de la poesía, que es del mismo aliento con el que tosía Rainer María Rilke, el mismo aire que respiraba José Martí o el primer rocío que percibiera en los labios Federico García Lorca.

Llego entonces a la novena entrada, con dos bolas y dos estráis, con la casa llena: en su mirada, me queda claro que Francisco Hernández no necesita relevista y, que sea cual sea su lanzamiento, sin duda será un verso inolvidable, justo en la zona de ponches que conforman mis insomnes lecturas de madrugadas.

Si por algún azar mi mente cayera en una amnesia inexplicable, me consuela pensar que la enfermera y los médicos que atendieran esa emergencia, al ver mi cartera, leerían que mi apellido es idéntico al de Francisco Hernández. Entonces, me recetarían e, incluso, recitarían lecturas y relecturas de los libros de este poeta que facilitarían el gradual reconocimiento de todos los sabores y jugos de las frutas, el recuerdo de Madrid, las muchas caras de Lisboa y el universo entero de Manhattan. No sé cómo le harían en el silencio del hospital para acallar toda la música, zapateados y carcajadas que regresarían a mi cabeza con sólo releer algunas páginas de Francisco Hernández.

Poco a poco, mi mente volvería a transpirar todos los sentimientos que he compartido con los lanzamientos líricos de este poeta, todos los libros y autores que nos unen y la infinita dimensión de la palabra amistad. Me darían de alta en menos de lo que canta un gallo, pues quedaría confirmado el íntegro restablecimiento de mi imaginación y la recuperación total de mi memoria.

*Strike three!*... ¡Ponchado!

Este texto fue leído en el homenaje al poeta Francisco Hernández, *P(ro)fo(eta en su Tierra*, en la Casa de la Cultura de San Andrés Tuxtla, Veracruz, el 23 de marzo del 2000 y forma parte del libro *Signos de admiración*, de próxima aparición bajo el sello editorial de ALDUS.